



Para que retorne el bosque

Las nuevas corrientes tanto pedagógicas como ambientalistas, vienen planteando nuevos retos a nuestra labor de maestros: brindar **una mayor atención al entorno inmediato del niño**, para que la acción formativa sea cada vez más coherente con las características y condiciones de los componentes de



su escenario existencial: lo geoecológico y lo sociocultural; lo cual, sin duda repercutirá en un proceso formativo más rico y significativo, tal y como lo plantea la corriente del constructivismo pedagógico, en el cual confluyen los aportes tanto del constructivismo sociológico como los del constructivismo psicológico.



La trágicas cifras que expresan el avance destructor del bosque en nuestra región, las referidas a la consecuente extinción de especies florísticas y faunísticas, por destrucción de sus hábitats naturales y la afectación de los derechos universalmente reconocidos a los pueblos indígenas, tienen que merecer respuestas de política socioeducativa dirigidas a morigerar y anular tales efectos, pues no se trata de tragedias causadas por fenómenos naturales, sino por

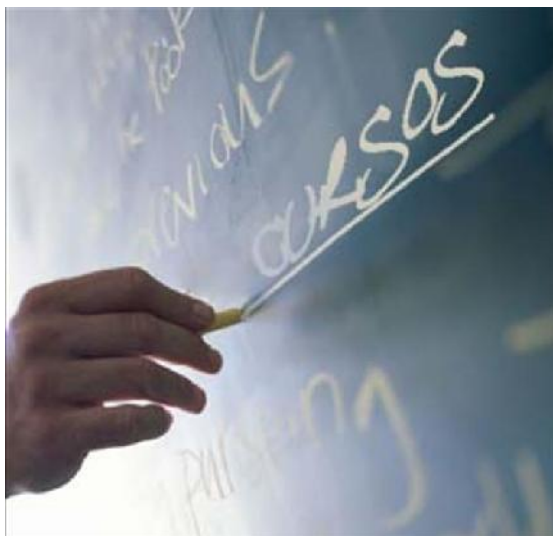
la irreflexiva e irresponsable acción humana, producto de una malformación psicológica, de la que hemos sido víctimas desde que se cambiaran los patrones tradicionales de relación con nuestro entorno ambiental y **la escuela** se incorporara como agente de imposición de la cultura eurooccidental en todo nuestro país y, en especial, en nuestra región.

Por cierto, que la acción para cambiar estos efectos tiene que, ineludiblemente, involucrar a la EDUCACIÓN FORMAL; es decir, a la acción que se realiza en las instituciones educativas, en las cuales nuestros niños y niñas reciben los mensajes cognoscitivos, intelectuales, actitudinales y axiológicos a partir de los cuales determinan sus relaciones con su universo existencial y asumen sus comportamientos socioculturales.

Es en la intimidad de estas instituciones, en donde los niños y niñas deben ser formados cotidianamente para establecer nuevas relaciones con su ambiente, más aún ahora que las tentaciones de la artificialidad tienen un carácter agresivo para nuestra juventud, en ambientes en los cuales aprenden cada vez más a alejarse de lo natural, a pesar de tener una naturaleza tan pródiga en todas sus manifestaciones, que debemos aprender a conocer, amar y defender.



Esta situación nos obliga moralmente a realizar todos los esfuerzos posibles con la finalidad de llamar la atención de las autoridades pertinentes tanto como del propio magisterio regional, en cuyas manos está la decisión de incorporar la temática ambiental a su trabajo curricular en el marco de la denominada **diversificación o regionalización curricular**, que debe ser vista no solo como un recurso para la defensa de nuestra riqueza material sino también como un instrumento para la preservación de los pueblos cuyas culturas tienen raigambre y esencia forestales, quienes hoy vienen sufriendo los embates depredatorios por la angurria mercantilista de la cultura dominante, ante la más ominosa indiferencia de quienes pertenecemos a la cultura mestiza, regida por patrones contrapuestos a los suyos.



Por lo tanto, es necesario promover y fortalecer, en el marco de una **nueva educación**, el cambio de los paradigmas antiforestales que vienen caracterizando la actuación de personas e instituciones formales e informales en nuestra región amazónica, induciendo la práctica de nuevas formas de relación armoniosa con nuestro entorno, única manera de hacer que retorne el bosque como entidad con el significado trascendente que tuviera y sigue teniendo para los pueblos indígenas, significado que hace siglos ha olvidado la cultura mestiza, razón por la cual lo agrade como lo estamos constatando en las

actuales circunstancias, a través de múltiples prácticas extractivo-mercantilistas como la petrolera, aurífera, gasífera, maderera, agrícola (monocultivos, cocalera), etc. para satisfacer exigencias mercantilistas de capitales transnacionales para quienes nuestro bosque no tiene sino la importancia de ser solo fuente de recursos naturales para su enriquecimiento.

En el caso de nuestra universidad, tenemos que ser conscientes de nuestra situación de privilegio en este aspecto, pues al ser una institución formadora de profesionales, tenemos la oportunidad de inducir sólidos valores y actitudes en quienes egresan de nuestras aulas que los predispongan a una actuación social, tanto personal como profesional, en defensa de nuestro bosque y todas sus riquezas.